



Creación & Crítica

18

Agosto 1974

Año del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho

Lima-Perú

gerard manley hopkins

*el naufragio del
deutschland*

*A la feliz
memoria de cinco monjas Franciscanas, deportadas
por las Leyes Falck, ahogadas entre la medianoche y la
mañana del día 7 de Diciembre de 1875.*

PRIMERA PARTE

¡Oh, Dios mío! ¡Mi Señor!
que das la vida y el pan;
ribera del mundo, movimiento de los mares;
señor de la vida y de la muerte;
has ligado en mí venas y huesos, me has atado con carne
y, ¡horror!, casi deshaces tu obra;
me tocas de nuevo,
y otra vez, otra vez siento tu dedo y te encuentro.

II

¡Sí, clamé
al relámpago y al latigazo asestado!
¡ah! me oíste confesar tu terror, más sincero que la lengua,
¡oh, Cristo! ¡oh, Dios!
conoces los muros, el altar y la hora, conoces la noche;
la agonía de un corazón que pisoteas y con tu ráfaga arremetes
precipitándolo con horror de altura:
el diafragma, tirante por el esfuerzo, punzado por el fuego del apremio.

III

Ante mí, su rostro severo;
detrás, el fragor del infierno,
¿dónde hallar?, ¿dónde hallar un lugar?
Arremoliné las alas en ese momento
y con un vuelco en el corazón, huí al corazón de la Hostia.
Puedo decir, corazón mío, que tenías alas de paloma,
el instinto de la paloma viajera (oso alardear),
para fulgurar de llama en llama, y así elevarte de la gracia
a la gracia.

IV

Paso dúctil el tamiz de un reloj de arena,
apretado contra la pared,
y minado por un movimiento, un impulso
que se agolpa y encrespa hasta la caída;
me tranquilizo cual agua en un pozo, suspenso, cual un espejo,
mas, atado siempre, desde los altos
peñascos o flancos del monte,
ofrezco una veta del Evangelio, una presión, un principio,
el don de Cristo.

V

Doy con la mano un beso
a las estrellas, resplandor exquisitamente
esparcido, donde Le distingo;
refuljo y me glorifico en el trueno;
doy un beso al poniente jaspeado de púrpura;
pues aunque yace bajo el esplendor y los prodigios del mundo,
su misterio debe ser revelado y realizado;
así Le saludo cuando Le encuentro y bendigo cuando comprendo.

VI

No es de Su alegría
que brota la urgencia sentida
ni del cielo que mana el golpe dado,
(pocos lo saben).
Golpe y urgencia enviadas por estrellas y tormentas;
la culpa es mitigada, los corazones inundados se disuelven;
mas, cabalga el tiempo cual si un río cabalgara
(aquí el creyente vacila y el impío imagina y pierde).

VII

Data del día de su tránsito en Galilea;
de la tumba aún cálida de una vida gris y uterina;
pesebre, rodilla de virgen;
la densa y la tenue pasión, el sudor horripilante:
de allí su descarga, su engrosamiento por venir,
aunque antes sentido, aunque en plena crecida ...
nadie lo hubiera sabido, sólo el corazón, acorralado.

VIII

¡Lo hace conocer! ¡Oh,
es al final que lanzamos la mejor o peor palabra!
Como la jugosa y aterciopelada endrina
—cuando la muerden— mana a borbotones
inundando al hombre, dulce o amargo, al ser entero,
al ras, en un instante lleno. Así pues, último o primero,
ante el héroe del Calvario, a los pies de Cristo van los hombres
(nunca preguntes si sabiéndolo o queriéndolo, avisados o no).

IX

Dios, forma trina
sé adorado entre los hombres;
desgarra a tu rebelde, terco en su madriguera,
la malicia del hombre, con naufragio y tempestad.
Dulce allende las palabras, más allá de todo loor,
Tú eres —lo he sentido— furia y amor, frío y calor;
padre y consuelo del corazón que has desgarrado:
haces descender tus tinieblas y es entonces más grande tu merced.

X

A golpe de yunque, y con fuego
forja en él tu voluntad

o más bien, cual furtiva Primavera
deslízate en él, consúmelo y permanece su Señor;
sea al instante, como una vez Pablo, en un tris,
o como Agustín, por exquisita ciencia y práctica larga,
crea en todos nosotros tu merced, por todos nosotros impón tu señorío,
y sé adorado, sé adorado Rey.

SEGUNDA PARTE

XI

“Algunos me encuentran en una espada; otros
en la rueda y su riel; ola,
llama o colmillo”, tamborilea la Muerte,
las tormentas pregonan su fama,
pero soñamos estar enraizados a la tierra: ¡Polvo!
La carne cae ante nuestra vista y nosotros, aunque nuestra flor
sea la misma,
ondeamos en el prado, olvidamos
que ahí debe diezmar la hoz acerba y venir el arado sombrío.

XII

Izando velas hacia América,
en Sábado zarpó de Bremen.
Entre colonos y marineros, digamos, hombres y mujeres,
doscientas almas, cifra redonda ...
No bajo tu plumaje, oh Padre, ni aun como adivinanza;
era su meta un bajío, de un cuarto ahogarse su destino;
mas, ¿no los dejó cubrir tu Bendición por la más sombría bóveda,
no fueron atrapados en el millón de anillos de tu misericordia?

XIII

Entre las nieves avanza majestuosamente,
arrojando atrás la rada,
el Deutschland, en domingo: y el cielo permanece igual,
porque el aire infinito es hostil;
y el mar, lomo negro escamado de pedernal, en la implacable tormenta;
en rumbo maldito el viento sopla Este-Nor-Este;
la fina y blanca nieve, ardiente rota en torbellinos
gira hacia los abismos forjadores de viudas, asesinos de padres,
destructores de niños.

XIV

Navegaba a sotavento en la oscuridad,
golpeó el espolón, no contra arrecife o roca

mas contra las crestas de arena sofocante; la noche
derecho le trajo al Kentish Knock;
y batió el banco con su proa y el embate de su quilla;
las olas rodaban por su manga con choque devastador;
y velamen y compás, hélice y timón por siempre inútiles
para hacerle flotar o deslizarse: todo soportó.

XV

La esperanza tenía cabellos grises,
la esperanza estaba de duelo,
atrincherada en lágrimas, marcada con zozobras,
la esperanza se había marchado doce horas antes;
y un anochecer espantoso cerró un día deplorable
ningún socorro, sólo cohetes y el barco faro brillaban;
y las vidas, a la larga, eran arrastradas:
recurrieron a los obenques - y en su carrera los sacudieron
los horribles vientos.

XVI

Alguien se movió desde el cordaje para salvar
abajo al grupo de enloquecidas mujeres:
con un cabo de cuerda en redor del cuerpo, presto y valiente,
se precipitó de golpe a la muerte,
a pesar de su pecho a toda prueba y de su red muscular:
por horas se le pudo ver tambaleante
a través de los agujarrados vellones espumosos - ¿Qué podía hacer
con la hinchazón de las fuentes de aire, el abultado lomo
y el diluvio del oleaje?

XVII

No pudieron combatir el frío de Dios
y cayeron sobre el puente
(¡que los trituró!), o al agua (¡que los devoró!) o rodaron
con el mar jugando con los despojos.
Con el corazón desgarrado la noche rugía oyendo los corazones
desgarrados del gentío,
lamentos de mujer, llantos de niños sin control,
hasta que una leona se alzó enfrentando el barboteo,
una profetisa destacó en el tumulto; retumbó una lengua virginal.

XVIII

¡Ah!, tocada en tu morada de huesos,
¿no es verdad? ¡A una exquisita aflicción
has tornado! ¡A solas aquí, haces surgir en mí

palabras! Madre del ser en mí, corazón.
¡Oh! desobediente seguidor del mal, pero decidor de verdad,
y ¡lágrimas!; ¡cómo te disuelves y sobresaltas con alegría!
Festín nunca envejecido, río de juventud,
¿qué puede ser este júbilo? ¿el bien que tú posees allí?

XIX

Hermana, ¡una hermana llamando
un maestro, su maestro y el mío!
En cubierta las aguas corren ronzantes y remolinantes;
la furiosa e irritante marejada que la golpea
la enceguece; mas en esa tormenta ella ve una cosa, sólo una;
tiene un recurso en ella: se eleva a divinos oídos,
y el llamado de la alta monja a los hombres
en las gavias y las vergas descolló sobre el alboroto
de la tempestad.

XX

Ella era la primera entre cinco y venía
de una encofrada hermandad.
(¡Oh Deutschland, nombre dos veces desesperado!
¡Oh mundo abstraído de su bien!
Mas Gertrude, un lirio, y Lutero, fueron del mismo pueblo,
el lirio de Cristo y la bestia del bosque salvaje;
desde el amanecer de la vida ha ocurrido eso,
Abel es hermano de Caín, y han bebido de los mismos pechos).

XXI

Odiadas por un amor que se sabía en ellas,
desterradas por su país natal,
el Rin las rehusó, el Támesis las arruinaría;
resaca y nieve, río y tierras rechinaron;
mas Tú, Orión de luz, estás en las alturas;
tus manos desenclaustradas, pesadoras, evaluaban el valor,
maestro de mártires; bajo Tu vista
los copos de nieve eran flores enrolladas, lluvia de lirios—
esparcidos sobre el dulce cielo.

XXII

¡Cinco! la señal y el emblema
y la cifra del Cristo sufriente
advierte, la marca es hechura del hombre
y su verbo es: "Sacrificado".
Mas El mismo la pone con marca escarlata, en sus elegidos,

los que arrebatara antes de la hora, altamente estimados y evaluados,
estigma, señal, emblema en quincefolio
para marcar el vellón del cordero, enrojecer la nieve de la rosa.

XXIII

Que la alegría descienda a ti, Padre Francisco,
atraído a la vida que murió;
¡con las llagas de los clavos en ti, el hueco de la lanza,
su imagen de amor crucificada
y confirmación de su seráfica venida! y éstas tus hijas
tu orgullo y tu amor de cinco hojas y vidas,
en hermandad están selladas en las voraces aguas,
para bañarse en la lluvia de oro de sus mercedes, para respirar
en el fuego purificador de sus miradas.

XXIV

Allá lejos en el delicioso occidente,
sobre un frente campestre de Gales,
yo estaba bajo techo, estaba en reposo,
mientras ellas eran presa de los vientos;
ella, al negro aire del ambiente, al rompiente, a la espesa
caída de nieve, al gentío que se desespera y desalienta
invoca: "Cristo, ¡Oh Cristo!, ven súbito":
la cruz a ella llama, Cristo a ella, bautizando su peor padecer
supremo Bien.

XXV

¡La Majestad! ¿Qué quiso decir
Inspírame, supremo y original Aliento.
¿Es el amor en ella por la situación en que había estado su amante?
Inspírame, cuerpo de la adorable Muerte.
Entonces ellos enteramente tenían otra idea, los hombres que
en el tiempo de Genezareth te despertaron con un
"estamos pereciendo".
¿O por la corona es que ella imploró en ese momento,
más ansiosa por alcanzar el consuelo bajo la aguda presión del
combate?

XXVI

Mas para el regocijo del corazón
el gris de los aterciopelados pechos que la tierra
aprieta contra ella
se aleja, los cielos azules aparecen

de un Mayo multicolor y descortezado.
Altura azul batiente, blanco tornasolado; y la noche, aún más alta,
con bramante fuego y la espumante Vía Láctea como falena,
pues que a tu criterio es el cielo del deseo,
tesoro que el ojo nunca vio y que el oído jamás adivinó.

XXVII

Pero no, no eran éstos.
Es el desaliento y el sacudimiento del carro,
el tiempo tirano que hace nacer la súplica por tranquilidad
del corazón impregnado de pena,
no es el peligro ni el horror eléctrico; luego éste descubre aún
que el llamado de la Pasión es más tierno en la oración aparte:
otra, yo deduzco, es en parte la carga de su mente,
en la violencia del viento y el golpeteo de las monstruosas olas.

XXVIII

Mas como voy ... hacedme campo allí;
alcanzadme una ... Ideas, venid más pronto;
¿golpeas su imagen? Mira esa aparición allí,
la cosa que ella ... ¿Eh? ¡Helo allí! es el Maestro,
El mismo, el Único, Cristo, Rey, Cabeza:
El iba a remediar, el mal extremo donde la había arrojado;
hazlo, actúa, gobiérnalo con vivos y muertos;
que él, orgullo de ella, cabalgue triunfal, que despache y expida
allí su Juicio.

XXIX

¡Ah! ¡Allí había un corazón recto!
¡Había un ojo puro!
que descifró la horripilante noche sin forma
y supo el Quién y el Porqué;
enunciándolo, más cómo sino por él, de quien presente y pasado,
cielo y tierra, son la palabra y el fruto de la palabra.
¡El alma de un Simón Pedro! atado a la tormenta
como a Tarpeya, faro de luz soplado por los vientos.

XXX

Jesús, luz del corazón,
Jesús, hijo de vírgen,
¿cuál fue la fiesta que siguió a la noche
en que recibiste gloria de esta monja?
La fiesta de la única mujer inmaculada,
porque así fue ella concebida, así para concebirte fue hecha;

y aquí fue el parto de un corazón, el nacimiento de un cerebro,
Verbo, que te oyó, te guardó y te anunció plenamente.

XXXI

Bien, ella te tiene a Ti para la pena,
para la paciencia; mas ¡piedad para los otros!
Sufre corazón y sangra en amarga vena
por los desalentados e inconfesos que había;
¿desalentados? ¡No!: la exquisita bienaventurada Providencia,
dedo tierno con delicadeza de plumaje, al cual el seno de una
virgen pudo obedecer así, ser campana y repique, y
¡hacer regresar las pobres ovejas! el naufragio es entonces cosecha,
¿la tempestad porta semillas para Ti?

XXXII

Yo Te admiro, patrón de las aguas,
del Diluvio de antaño, de la caída del año;
represa y rescate de los lados del golfo,
a la vez su cincha, su malecón y muro;
fortalecedor y sosegador océano de activa mente;
fundamento del ser, y su orgullo; inalcanzable
Dios, entronizado detrás de la Muerte
con una soberanía que vigila pero se oculta, que predice los tiempos
pero aguarda.

XXXIII

Con una merced que sobrepasa
la totalidad de las aguas, un arca
para el que escucha; para el timorato un amor que se desliza
más abajo de la muerte y las tinieblas;
una vena para la visita de los que ya no tienen oración,
quienes encarcelados,
respiran penitentes su último aliento; símbolo extremo,
nuestro gigante sumergido en la pasión, y resurgido,
el Cristo del Padre compasivo, alcanzado en el huracán de sus pisadas.

XXXIV

Arde ahora, recién nacido a este mundo,
nombre de doble naturaleza,
del cielo lanzado, el corazón pulposo, aferrado a una virgen
milagro de la llama en María,
¡número medio El entre tres del trono de trueno!
ni el deslumbramiento de su llegada el Día del Juicio
ni la penumbra de su Advenimiento;

benévolo, pero un Rey reivindicando lo suyo;
un chaparrón liberado un instante sobre el terruño, no un rayo
de fuego duramente disparado.

XXXV

¡Oh Hermana! A nuestra puerta
ahogada, entre nuestros bancos de arena,
acuérdate de nosotros en las radas, bahías de la Gracia de la
Recompensa:
que nuestro Rey regrese, ¡oh!, a las almas inglesas.
Déjalo renacer en nosotros, que sea día primaveral para la
oscuridad de nosotros, y un oriente al fanal carmesí,
iluminándola más, raramente querida Britania, conforme su reino
se desenvuelva,
El, nuestra rosa y nuestro orgullo, nuestro príncipe, héroe,
sumo sacerdote,
fuego flamante del hogar de amor de nuestros corazones y de la
multitud de caballeros de nuestros pensamientos, el Amo y Señor.

EDITORIAL LOSADA PERUANA S.C.R.I.

Contumazá 1050 Telf.: 289722; 289160; 285049

ROBERTO ARLT

Los siete locos.

Esta obra considerada como una de las más importantes novelas americanas
mantiene en su abigarrada belleza un vitalismo y desenvoltura ejemplares.
(Biblioteca clásica y contemporánea).

saúl yurkievich

la serenísima

alabastrinas cúpulas

templos taraceados

canales verdinegros

duplican

la ciudad

aguas quietas

trémulamente

corta

la cimbra

de ingravidas quillas

atavesamos arcos

galerías

intrincados pasadizos

escalonados puentes

pasarelas escondidas

vericuetos

pasamos por portales

quebrantado portento

plazuelas blasonadas

ropa soleándose

ornamentados pavimentos

bajo relojes sin aguja

estelas alisadas

roídas lápidas

estatuas truncadas

cubiertas de verdín

beatíficos con costras de excrementos

pasamos por muelles yertos

por hileras de barcas amarradas

por cascos herrumbrosos

vidrieras

con muñecos mancos de rígida sonrisa

sombrerías tétricas

viejos que aguardan

detrás de sepulcrales mostradores

cafetines con parroquianos yertos

una mujer

en la escollera mira un fondo

nebuloso

perros fornican

al pie de un monumento

resacas bogan

hacia una isla colmada de cruces

planea

una gaviota

dos ratas salen del boquete

netas siluetas

rematan el frontón

los querubines

con su vara de nardo

juan ojeda

VAN GOGH EN ARLES

Und er schliesst das Weltall ein:
Diese ganze Welt voll Hobeit
Und Verzweiflung, voll von Gräbern

HUGO VON HOFMANNSTHAL

¿Qué oculta la cansada estación, entre ramas reseca,
O el polvoriento brillo del aire? No el trabajo ceñido
Por la premura, ni los oscuros cuidados nos consolarían.
La fuente es agostada, la seca hierba gime
Y el lamento escuchado con obstinación ahora nos aterra.

Fuego yermo es la sedienta rigidez del mundo.

¿Quién anudaría ese sueño o ardor que roe el espíritu?
El que ha perdido la razón en los desiertos de la Realidad
Persigue el vuelo de las aves como único camino.
Un rumor más triste que la vaña sagacidad del hombre
Podría desmembrar esa sombra lancinante del muro,
Lenguas de niebla bajo inútiles palabras
Rendidas o muertas, vivas en su propia descomposición.

Aquí en las ribas estancadas
Hasta la belleza es hastío.

Pardas sombras reptantes
Ahuecan la memoria
Y el júbilo secreto de la muerte
Se enrosca sobre la vida estéril.

Este caminar a nada por orillas deshechas, guijarros
Limpios como la quieta ola que los cubre, ni viva ni muerta.
El mar de oro, sin embargo, resuena con su música vacía
Y es difícil percibir si estamos despiertos o dormidos,
Otras olas inmóviles rasgan el impalpable rostro
Que nos redime, venciéndonos, en inertes ojos
Sobrevivientes de nosotros mismos.

Al descender a las ribas, oyes
La pudrición de la Realidad.

MEDITACION DE MEISTER ECKHART

Und ist das Tiefensehen so gefährlich

HERMANN HESSE

Reconciliación y permanencia
Para el tedio del mundo.

No asir cómo rueda el tiempo
Y las orillas llenas de cadáveres,
Luego pasamos las tardes en pequeñas naves muertas
Oscuridad de la mente, y el principio
Se tiende como arena desmoronada.

¿Retornaré, entonces, a mi sombra cerrada
Y encenderé la sorda materia que fluye en la vida?

Reconciliación

Y pasos agotados por la Serenidad.

Nos iremos sin labrar más indicios que unos cuerpos tristes
Y los gestos que jamás conocimos, y el deseo de huir
Porque nadie habita.

Nada hay detrás de las colinas.

¿Y esos ruidos resecos?

Nos recogemos sin espacio
Mientras descendemos a lo inarticulado, candelabros
Estancados en la hierba quieta. Este es el insaciable muro
Donde contemplamos la muerte y cernimos el mundo.

¿No es el tiempo que arraiga tu morada?

Te sentirás huir a ciertos sueños
Y el friso que acogías, casas quebradas
Para el tedio del mundo. Tiempo quemado y solvente
Sólo un rumor de cenizas demasiado gozosas,
Y el agua de sombras que agrietan lo real
Y despojados descendemos a los pozos inertes.

La vida no reposa y sus bellas coronas se pudren,
Mundo muerto y tiempo.

Sorda superficie criba el vivir ya confuso,
Y sin nadie que aquí frecuentara, o contemplar
Como pueda llamarse, no poder nombrar nada
Es dentro del mundo como estallido muerto

Gobernar el silencio que relumbra y reposa, música seca
Después irse como se van todos.

¿Qué escucharías
En tu alma, ese universo atascado? No poder nombrar
Fuego de piedra, tiempo o palabra yerma.

Sólida bruma habitar, niebla horada y arde
Desflecada por el ruido de nutrir en pétreo exilio
Ebrio polvo del objeto y sabio hedor de muerto.
Este ir a nada y quién soporta así el mirar o ruina
Ojos quiebranse ahítos en vacío de cepo.

Nuestro indagar ha concluído
Y esta es la sabiduría: nada hay
Que explorar fuera de la fábula. Estos son los dominios
Del mundo que permanece incognoscible,
Y seguiremos penetrando lo impenetrable como una corona
De sueño. No existe nada
Que explorar en este mundo
Donde el tordo emigró dejando
Un herido reflejo sobre la fuente árida.

Tal vez el silencio nos permitiría
Recogernos en lo oscuro, en lo carente de vida
Y a cada manotazo del espíritu
Atrevernos a sepultar las sabias palabras.

Sólo el que nada ha contemplado
Puede acceder a lo real
Develar este incesante asombro
Que celebra, conmovido, el íntimo espacio
Que madura en los ojos.

En el no saber está el saber
En la no vida está la verdad
En el no mundo está el mundo
Y este es el sentido de nuestro explorar:
Existir en un ardor confuso.

MUTANABBI

En las sordas sombras del mundo,
El tiempo más infecundo de las aguas quietas
Que rebrillan como presagios de indiferentes dioses
La estación canicular entre la edad polvorienta
Rezuma un viento pernicioso.

Mira esos cadáveres
Cómo flotan en el aire cristalino de las calles,
Un trato leve que el asombro desmembraría
Los ocupa con su lengua podrida.

El espectro del siglo

Ha colmado estos dominios, y la peste no arrecia.
Las delicadas tiendas, ebrias en iris de pavorreal
Incendian la arenilla blanca del desierto,
Ese espejismo brillando sobre los rostros más secretos
Murmura unas secas palabras, y es incierta la meditación.
Nos arrojaemos hacia las tierras áridas,
Persiguiendo los transparentes indicios
Del ciervo acorralado que hiere con su luz el universo,
Y seremos salvos.

¿Reconoces la inanidad de esos reinos,
El fatigado flujo de las contradicciones en la risa chillona
Del mandril insensato, raspando el aire con uñas de oro?
Hasta las aves de plumaje nativo que custodian
Las orillas calumniadas por el rumor del siglo
Han despreciado los cuerpos morados que yacen a la deriva.

Oh, siglo de las destrucciones,
¿Cuándo cesarán las músicas desarticuladas
Que golpean, pudriéndose, en el corazón de los hombres?

Se siente como una hondonada de aire infecto
En todos los caminos de la tierra.

Los niños ejercitan
Sus pequeñas porciones de pureza blandiendo ojos quebrados,
Y hastiados los animales se refugian en un idioma roto.
Montes encorvados por la lluvia reseca de la canícula
Muerden sus cetros de polvo sobre los santuarios,
Y esas caravanas de moribundos
Hinchán la soledad del reino con tristezas de piedra.

¿Cuándo veremos desmenuzarse, como arena pútrida,
La abominable autoridad de los mercaderes?

Yo grabo estas palabras de una época oscura.

sandor petofi

EL RIO TISZA

*Me detuve una tarde de verano
a las orillas de su curva plácida,
por donde el breve Tur hacia él se llega
como un niño al regazo de su madre.*

*Se deslizaba levemente el río
como a través de un cauce sin orillas,
no moría la luz sobre ninguna
ola desapacible o espumosa.*

*A los pies de las hadas parecida
danzaba la dorada luz del sol
sobre el espejo limpio de las aguas.
Casi se oía el eco de sus pasos.*

*Sobre amarilla alfombra yo marchaba,
blandas arenas desde el río al prado
donde como los versos del poema
se ordenaban los surcos del sembrío.*

*Tras el prado se alzaba un alto monte
con la noche a sus pies y la cabeza
desangrada y ardiendo todavía
bajo una roja brasa del crepúsculo.*

*Allende el Tisza, en la ribera opuesta,
un bosque de avellanos y retamas
una rendija abría y me mostraba
la torre de un lejano pueblecito.*

*Como dulce memoria de otros tiempos
leves nubes volaban por el cielo
y los lejanos montes de Marámaros
a través de sus nieblas me miraban.*

*Un silencio solemne me envolvía,
de vez en vez un trino se escuchaba
y el ronco son de un molino distante
parecía el zumbido de un mosquito.*

*En la ribera opuesta una muchacha
se arrodilló con un jarro en la mano*

*y al tiempo de llenarlo me miraba
fijamente. Después se fue con prisa.*

*Como si hubiera echado hondas raíces
me quedé mudo, inmóvil, con el alma
sumergida en un sueño de hermosura
que la naturaleza difundía.*

*¡Naturaleza augusta, inmarcesible!
¿Qué lengua hay comparable a tu silencio?
Más grande luces cuanto más te callas
y cuando hablas destella tu hermosura.*

*Cerró la noche y me volví a la aldea.
Junto a un alegre fuego de ramiza
cené frutas del tiempo y largamente
conversé con las gentes lugareñas.*

*Se quejaban del río y yo les dije:
"¡Pobre Tisza! ¿Por qué así lo maltratan
y maldicen? ¡No hay en el mundo río
más apacible, más benigno y dulce!"*

*Transcurrieron los días y una noche
me despertó un rebato de campanas
y una grito confusa: "¡El río! El río!"
Por mi ventana vi un terrible mar.*

*Como un loco iracundo, el río Tisza
dique, puentes, aldeas arrollaba
y proclamaba su áspero rugido
que iba furioso a devorar el mundo.*

DE NUEVO ESCUCHO EL CANTO DE LA ALONDRA

*De nuevo escucho el canto de la alondra
que hace tiempo olvidara.
Canta tú, sin cesar, ave de gracia,
primaveras heraldo.*

*El dulce trino cuán deleitoso suena,
Dios mío, acabado el combate,*

*como las frescas aguas del arroyo
para los pies del peregrino.*

*Canta tú, sin cesar, ave adorada,
mientras brota el recuerdo:
soldado soy y siervo de la muerte,
pero poeta he sido.*

*Tu canto me devuelve la presencia
del arte y el amor
y los dones preciosos que sus dioses
me hicieron y me harán.*

*Recuerdo y esperanza, ambos rosales
vuelven a florecer
y, por tu canto, su follaje inclinas
sobre mi corazón.*

*Vuelvo a soñar como antes y me envuelve
un antiguo dulzor.
Sueño contigo, tan fiel en mi recuerdo
como yo te soy fiel.*

*Aire vivificante de mi espíritu,
oh criatura divina,
tú me diste en la tierra los celestes
dones del alto cielo.*

*Canta, alondra, sin cesar, tus trinos
florece en el valle.
Mi yermo corazón también florece
bajo tu dulce canto.*

LA LLANURA

*Romántico paisaje de pinares
en los abruptos Cárpatos,
tus valles admirables y montañas
no iluminan mi ensueño.*

*Es en el llano extenso como el mar
donde mi hogar está*

*y mi alma libre vuela como un águila
por la estepa infinita.*

*Vuela mi ensueño sobre la ancha tierra,
desde las nubes veo
el sonriente paisaje que se extiende
desde el Tisza al Danubio.*

*Gordos rebaños, al son de los cencerros,
avanzan bajo el sol.
El pozo les espera en Kin-Kunsag
con amplios bebederos.*

*Galopa la yeguada, su bramido
viene en alas del viento,
entre la grito y el restallar de látigos
resuenan las pezuñas.*

*El trigo ondea junto a las aldeas
bajo la brisa suave,
con sus vivos colores de esmeralda
el panorama brilla.*

*Del cañaveral vecino, en el crepúsculo,
llegan tímidos gansos,
si las cañas se agitan con el viento
alzan el vuelo pronto.*

*Más allá de los pueblos, en la estepa,
solitaria posada
espera a los sedientos bandoleros
camino a Kecskemét.*

*Tras la posada, un bosquecillo de álamos
brotó en el arenal,
libre allí mora el chillador cernicalo
y nadie lo persigue.*

*Triste vegeta el chusque, azules flores
del cardo corredor
sombra y descanso dan a los lagartos
cuando arde el mediodía.*

*Desde lejanos árboles frutales
se alza la bruma azul
y unas torres remotas se dibujan
como iglesias de niebla.*

*Llanura hermosa, al menos para mi alma,
aquí nací, mi cuna
se meció aquí, cuando un día me muera
aquí mi tumba quede.*

LA ESTEPA EN INVIERNO

*¡Diantre, por fin la estepa es una estepal
Mal amo fue el otoño,
mientras la primavera y el verano
riquezas allegaron,
todo lo derrochó el pródigo otoño.
Sólo el vacío encuentra el triste invierno
de la antigua riqueza.*

*No se ve por los prados al pastor
de plañidera flauta,
ni suenan melancólicos cencerros
del rebaño de ovejas
y las aves canoras
hace tiempo callaron.
No grazna la corneja entre los pastos,
ni toca su violín
el diminuto grillo.*

*De la antigua riqueza
solamente vacío halla el invierno.
Es un mar congelado la llanura,
como ave fatigada
el sol vuela muy bajo
y como anciano miope
para mirar se inclina
y muy poco divisa de la estepa.*

*Del pescador, vacía está la choza,
la cabaña del guarda, abandonada.
En las mudas aldeas pacen los ganados,
cuando llega la tarde y a los pozos
los llevan a beber
aquí y allá, algún ternero muge.
¡Cómo le gustaría
beber agua del río!*

De las vigas del techo,
el peón descuelga una hoja de tabaco,
en el umbral la extiende y la recorta,
extrae de la caña de su bota
una rústica pipa,
lentamente la llena, torpemente
la enciende y fuma, al rato observa el campo,
¿tal vez vacío no estará el pesebre?
Incluso las posadas enmudecen.

Puede dormir en paz el posadero
junto con su mujer
y en el patio puede dejar las llaves
de bodega y despensa:
cubrió de nieve el viento los caminos
y a la posada nadie
dirige su cayado.

La tierra es pasto de vientos y tormentas,
una vuela por lo alto,
otro, abajo, galopa,
otro más se aproxima
para luchar con ambos y la nieve
cual pedernal herido centellea.

Si amanecen en calma
los vientos fatigados
sobre el llano se posan nieblas pálidas
y apenas, en su seno, se divisa
el rápido perfil del bandolero,
a nocturna posada
bufando su caballo lo conduce
un lobo va detrás,
encima vuela un cuervo
como rey arrojado de su reino,
se asoma el sol a un canto de la tierra,
mira y vuelve a mirar con duro ceño,
si sus ojos al otro canto llegan
de su cabeza cae
la sangrienta corona.

Sapo zorro hecho toro. Hombre de la curva al camino. Y arena sapo redondo gorgojo. Te apareciste. Sapo en el arenal en charco de agua rala en la duna y tú eras hombre aguacero para la tierra cuando se junta con el camino. Sino nada sapo barrigudo de la lagunita sobrante de la lluvia. Sapo burbuja. Que hacías tú allí sobre el helecho. Tal vez sólo eco de pradera y seguro de encontrar derrotero en la cima dormida sobre la arenilla sapo canto rodado. El camino con tu piel de cáscara por un cerro sin herradura al que en vano quisiste subir y a duras penas. Arena del arenal hecho un toro. Hombre de la cuesta al sendero. Potreros de la cañada del toro soplido bajo que embestia al viento y quieto mugido. Tus ojos abiertos como candela sobre la arena. Lejos estabas toro de tus montañas en ese establo de engorde para que te mueras. Duro como la roca. Peleaste toro por subir al cerro y por llegar a la trocha del sapo muerto. Rompiste tus astas y ni siquiera al morir tuviste atajo cielo ventisquero de las yerbas sapo agonizante, toro de las lomas hundidas tus pezuñas en la arena. Toro de noche quieto sobre las dunas. Y sacaste la lengua de fierro y reventaste toro fuego. Fuiste arena del arenal, hombre de la estrella a la mansedumbre, de sapo toro te volviste zorro, zorro sólo del arenal comedor de salamandras cáctus pedruzcos y algarrobos, plomo a veces marrón como las dunas maduras y contra el sol de la loma o bien de noche bajo la luna, pobre de ti zorro que llegaste arriba del cerro del sapo muerto y del toro roto sólo para que duela el viento para nada más zorro. No estaba la ruta en el filo de tus dientes ni tu lengua roja hundida en el agua estaba el arenal soledad y olvido y no eras nada, zorro plomo viento de arena desierto tuyo, morada del zorro perdido por los cerros pensando sólo en morirte zorro plomo. Ya no eras ventarrón no eras mugido sino arenal plano quebrado y ventisca al amanecer, pequeño pie de los zorros, de un peregrino bajando como tú, lento el paso desde las alturas, desde el sapo desde el toro.

I

*Fuego verde que estalla en un cielo sin fronteras,
mecido en el agua; en el viento,
agotando en el mar sus silencios heridos.
Como el corazón rojo de la tarde.*

*Ternura que se desata peregrina y solar:
bebedora de sueños y cantos, de oscuras ceremonias.*

*Pasión de la sombra, del tenso crepúsculo:
sombra que se adormece en los brazos de las palabras.*

*País de pájaros vertiendo violines,
de ojos oscuros, de alegrías enredadas,
como lágrimas que padecen tiempo:
canción elevada de noches como cálices.*

*Dentro de tus sueños me basta tu inocencia,
atalaya de cabellos, copa de cielos, furor celeste;
y como secreto jugo de melodías
entro en la consistencia terrestre de los vinos,
con olor a cementerios vacíos,
a cristalina tierra que se muere.*

II

*Cuando plante un árbol frente a mi casa imaginaria,
entregaré mi alma de escombros y recuerdos.
Y buscaré un nombre planetario
a la patria enterrada dentro de la mía.*

*Entraré a las casas, a los campos y ciudades,
a los destinos del mediodía y a la felicidad de las huellas,
y así podré mirarlo por entre sus cerros o por entre las rendijas
de una puerta, o, acaso, entre su sombra.*

*Iré detrás de otras tierras, de otros ríos y otras nubes,
porque allí descansará ese árbol que yo planté sin palabras.*

*Y aquí me halláis, amigos míos, plantando un árbol,
un simple árbol,
con la posibilidad de fructificar un canto
en las batallas.*

textos y autores

El poema *El naufragio del Deutschland* de Gerard Manley Hopkins ha sido tomado de *Poems of Gerard Manley Hopkins*. Third Edition Oxford, 1964. Esta primera traducción al español que ofrecemos se debe a Maruja Silva Villacorta.

Saúl Yurkiévich es actualmente profesor universitario en París. Recientemente ha publicado *Retener sin detener* (Ocnos. Barcelona, 1973). Así mismo ha aparecido la segunda edición ampliada de su importante libro *Fundadores de la nueva poesía latinoamericana* (Barral Editores).

De Juan Ojeda ofrecemos poemas que forman parte de su próxima obra a publicarse: *Diario de navegantes*.

El año pasado se cumplió el centenario del nacimiento del poeta húngaro Sándor Petöfi. Los poemas que aquí se incluyen fueron traducidos por el poeta Washington Delgado.

El peregrino de Carlos Calderón Fajardo forma parte de un libro en preparación.

Miguel Angel Rodríguez dirige actualmente la revista *Textos* del Centro de Estudiantes de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a la cual pertenece.

Creación & Crítica

Ediciones de La Rama Florida

Directores: Javier Sologuren
Armando Rojas
Ricardo Silva-Santisteban

Correspondencia, suscripción y canjes: Alfonso Ugarte No. 248, Lima 32
Teléfono 61-4553.
